

Historia

Fue inaugurada en el año 1.990 con los fondos pertenecientes al profesor Alonso Zamora Vicente , que le da nombre.

La Biblioteca «Zamora Vicente» es, ante todo, un rico instrumento de trabajo. Por los años de profesionalidad, por la escuela filológica a la que pertenece («el último escalón de la labor de Menéndez Pidal», como él mismo dice), por la época de su vida universitaria, y por sus largas permanencias en Universidades extranjeras, tanto de Europa como de América, ha venido su infatigable reunión de libros a desembocar en un copioso repertorio (en muchos casos total repertorio) de las publicaciones de su especialidad, tanto en materia lingüística como literaria.



A la derecha de la calle se encuentra la sede de la Biblioteca

Una biblioteca formada a lo largo de más de medio siglo, que contiene 36.298 registros bibliográficos informatizados, de ellos 1.103 son títulos de publicaciones periódicas. Espléndida colección que califica a su dueño como un gran bibliófilo y una persona de gran formación intelectual.

Entre sus fondos se encuentran desde los manuales y colecciones de textos de los años 30 hasta los de la actualidad internacional. Se puede afirmar que toda la literatura española está incluida en ella. Contiene el ancho caudal que llega a los días actuales, con notable representación de la escuela de Menéndez Pidal (Américo Castro, Tomás Navarro, Dámaso Alonso, José Montesinos, etc.).

Tuve muy buenos maestros, me formé en una Universidad en España como no la ha habido nunca. Fue un período de magníficos investigadores, de estupendos profesores. Tuve a don Ramón Menéndez Pidal, que ya estaba mayorcito, a don Américo Castro, a don Tomás Navarro, a don Pedro Salinas.

Obras de crítica literaria, colecciones de textos, homenajes, diccionarios, poesía, prosa, la colección del Teatro Antiguo Español, del viejo Centro de Estudios Históricos («serie que ha enseñado, al mundo entero, cómo se edita un texto de teatro antiguo»).

Hay copiosísimo repertorio de obras de crítica de diversos orígenes y de diversas escuelas: Colección de textos de Chapel Hill (Carolina del Norte), Anejos de la Revista de Filología Española, del Boletín de la Real Academia Española y de Verba; Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá), del Instituto de Filología de Buenos Aires, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana (Buenos Aires); Publicaciones del Romanisches Seminar (Hamburgo)... Son numerosas las colecciones de textos literarios: Biblioteca de Autores Españoles, Colecciones modernas (Clásicos Castellanos, Clásicos Castalia, Clásicos Hispánicos, Clásicos de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones, etc.), la serie italiana Studi Ispanici, Biblioteca americana, Colección de textos sobre la historia y la cultura mexicanas... Numerosos textos del XVIII (Quijote de Ibarra, obras de Monfort, Imprenta Nacional, etc.). Colección de Obras de Lope de Vega, de Sancha (s. XVIII).

Confieso que el primer libro que compré en Santiago fue La casa de la Troya, en la librería recordada por el propio novelista. Como compensación de tal exceso literario, pude adquirir, poco días después, en un tenderete de viejo que había al final de la Cuesta de Gelmírez, las Obras sueltas, de Lope de Vega, la edición dieciochesca de Sancha, uno de los tesoros de mi biblioteca. Para escándalo de economistas y financieros diré que pagué por ellos cinco pesetas por tomo. Y en un espléndido estado de conservación.

Figuran en la biblioteca numerosos homenajes a destacadas personalidades: a Menéndez Pidal, a Américo Castro (dos, uno en Madrid; otro, en Oxford), a Dámaso Alonso, a María Josefa Canellada, y un sinfín de ellos, tanto españoles como extranjeros. También, enciclopedias y un abundante grupo de diccionarios de las lenguas modernas: los más usuales españoles (de la Academia, todos), portugueses, Corominas, Alcover, Madoz, etc.) Respecto a los textos literarios de distintas épocas, hay abundantes primeras ediciones, hoy muy cotizadas entre los bibliófilos y numerosas ediciones dedicadas por los autores:

En poesía destacan las obras completas de Juan Ramón Jiménez, de Antonio Machado (editada por la Residencia de Estudiantes en 1917), de Pablo Neruda, de Rafael Alberti; los poetas españoles de la postguerra están todos representados y hay una amplísima colección de poesía hispanoamericana, desde el XIX al XX: Vallejo, Lugones, Fernández Moreno, etc.

En prosa, la novela del XIX, en obras completas y sueltas: Galdós, Valera, Pereda, Pardo Bazán, Clarín...; la novela del 98 se encuentra casi en su totalidad, algunos ejemplares raros como Ensayos de Unamuno, de la Residencia, y la novela de los años 20 al 30: Carranque, Ciges Aparicio, Noel, etc.

Buscábamos y mirábamos con interés lo que se hacía en España, que ya no era 98, y así vimos el arte de Miró, Pérez de Ayala, Carranque de Ríos —que publicó en 1936 su última novela, Cinematógrafo—, las primeras novelas de tipo social.

Especial mención corresponde hacer del fondo de literatura hispanoamericana, hasta su jubilación profesoral: escritores de la Independencia (Lizardi, Payno...), series de Daniel Devoto, textos americanos en Austral, la biblioteca americana del Fondo de Cultura Económica, etc. etc.

Se encuentran también entre los fondos numerosos textos de la literatura clásica francesa, portuguesa, italiana, inglesa, alemana y rumana, completados con los de otras épocas. La nueva literatura francesa está muy bien representada, especialmente la de los años de la postguerra. Entre los portugueses, las obras completas de Camões, Gil Vicente, Sa de Miranda...; del siglo XIX al XX, casi todo: los románticos, Eça de Queirós... y novelistas actuales como Almeida Faria, Agustina Bessa Luis, Saramago, Ferreira. Dinis Machado, con su novela O que diz Molero, y el escritor francés Raymond Queneau con Zazie dans le métro —llevada a la pantalla en 1960— practican una literatura que está muy cerca de la de Zamora Vicente. Todos los grandes clásicos italianos que han influido en la literatura española, y una variada representación de novelistas y poetas modernos. También están representados los escritores ingleses (Joyce, Chaucer, los trágicos del XVII, novelistas del XVIII, románticos...) y alemanes (Rilke, George, Goethe, Holderlin, Schiller...). Entre los catalanes y provenzales, Ausias March, Metge, Mistral, cronistas, escritores del XIX, etc. etc.



Antigua fotografía de la ventana de la fachada principal de la Biblioteca

Particularmente rica es la sección de dialectología hispánica, hasta los años 70, reflejando la gran dedicación del profesor Zamora Vicente a este campo específico de la investigación. Todas o casi todas las colecciones de léxico dialectal están presentes: colección de Hamburgo, de Bogotá, de Buenos Aires..., varios Atlas lingüísticos..., numerosos vocabularios de Hispanoamérica y abundantes monografías dialectales.

Aunque el noventa por ciento del fondo está especializado en lengua y literatura, sin embargo, hay excelentes monografías referentes a folklore, desde Luis de Hoyos y Violant y Simorra hasta tratados parciales actuales: cancioneros musicales, tradiciones, leyendas, artesanía y refraneros.

La música, las exposiciones de pintura, los viajes... Don Alonso, que ha escrito uno y mil libros, ha tenido tiempo para todo. En los fondos de la biblioteca no sólo están sus trabajos literarios, lingüísticos, sino diversos materiales que responden a sus gustos, sus aficiones, sus hobbies: programas de conciertos, folletos turísticos (desde la República hasta los años setenta), mapas (de

España, Europa y América) y mapas dibujados por él —«Quizá entreveo al profe que me obligó a hacer mapas (...) La manía de los mapas me ha durado ya siempre (...) Son innumerables los mapas que he pintarrajeado. En nuestra guerra, nadie a mi alrededor iba sin mapa, mapa dibujado por mí, a veces en la altura de la imaginaria nocturna»—, guías-horario de trenes —«su lentitud permitía ver el paisaje con morosidad»—, y un delicioso anuario de ferrocarriles de 1914. Guías de ciudades: eran los tiempos del Patronato Nacional del Turismo que editó guías admirables redactadas por don Elías Tormo (Alcalá de Henares, Aranjuez, Sigüenza, Museos de Toledo).

Verdaderas joyas bibliográficas son las colecciones de catálogos de grandes exposiciones europeas y españolas, desde los años cincuenta hasta nuestros días, lujosamente ilustrados y con espléndidos estudios críticos.

Los libros antiguos no han sido de especial devoción para don Alonso, sin embargo hay un centenar de obras anteriores al siglo XIX: Prado espiritual, Burgos, Felipe de Junta, 1592, un Luis de Granada de 1583, las epístolas de Juan Eusebio Nieremberg de 1649, las Musas de Quevedo de 1724, las Fábulas de Samaniego de 1781, las obras de Lope editadas por Sancha o el Quijote de Ibarra de 1782...

(...) los libros antiguos a mí no me emocionan mucho. Yo he tenido algunos y los he cambiado a enloquecedores señores por obras contemporáneas, válidas para mi trabajo. Yo tenía una biblioteca riquísima que está convertida en biblioteca pública en Cáceres.

Memoria de una vida. La biblioteca "Alonso Zamora Vicente". Antonia Fajardo Caldera.

En: Con Alonso Zamora Vicente. Actas del Congreso Internacional "La lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos...".

Universidad de Alicante. 2003. P. 29-42